

Ratas y ratones

Teodoro (Yoyo) Galzós

1885

¡Válganos Dios y la Virgen con estos condenados animaluchos! Poseen el instinto del mal, y lo practica excatantemente como algunas personas; y son ellos capaces de hacer más daño con los dientes que una beata murmuradora con la lengua.

¡Si al menos sirvieran para comer!

Buen atracón de rata frita me daba todos los días.

Pero en cambio, váyase una cosa por otra, la honorable Policía de Higiene ha jurado el exterminio de raza ratonil, y a fin de conseguirlo ofrece dar un diez por cada rata o ratón que se le presente.

De manera que diez de ellos producen un peso, que viene a ser el jornal de un padre de familia pobre.

Si me sigo por los cálculos del amigo Alfaro, una pareja de ratas es una mina, ni más, ni menos.

La hembra llega a tener hasta 21 angelitos, y reproduciéndose éstos á su vez, al cabo de un año resultan 2592 ratas y ratones, que, vendidos a diez centavos cada una, dan un producto de doscientos cincuenta y nueve pesos, veinte centavos.

Ahora bien, si en vez del de una sola pareja, calculamos el de diez, obtenemos 25920 o sean, dos mil quinientos noventa y dos pesos anuales.

Tenemos, pues, una nueva industria, bastante productiva. Una persona cuyo trabajo diario no le produce para los chayotes y los fréjoles, puede dedicarse a la cría de ratas y al cabo de un tiempo puede vivir con holgura y hasta abonarse al Teatro y pasear en coche la familia todos los domingos.

Yo sé de un abogado que se ha quedado sin clientes a quienes sacarles buenamente los cuartos, que ha resuelto dejar la profesión y entregarse por completo a los cuidados de una familia numerosa de ratas.

Ya tiene preparado convenientemente el bufete para el caso, y el negocio se presenta risueño.

El ha echado ya sus cálculos y tiene fe en el porvenir y en la fecundidad de las señoras ratas. Lo único que puede echar a perder el negocio es la competencia de alguna persona envidiosa.

Yo creo, sin embargo, que si muchos padres de familia hicieran lo propio que don Rufo, no andarían por ahí pidiendo pesetas prestadas y enterándonos de las desgracias de su hogar.

¡Luego dicen algunos que aquí no anda el dinero por lo suelos...!

A montones, señores, a montones. Casas hay que están edificadas sobre un díneral: —la de este humilde cura, pongo por caso.

Lo menos que hay debajo de las tablas del piso son mil pesos chillantes y contantes, sin contar los ratoncitos de teta y los que están en la dentición.

Tampoco entran en la cuenta las ratas en estado interesante, que son muchas.

¡Son atroces! Casi me han dejado en cueros. Dos americanas (mayores de edad) un chaquet (todavía de buen ver) tres pantalones y una levita; todas estas prendas de valor me han echado á perder estos malditos animales.

Tenía un gato ¡hermoso gato! que pasó a mejor vida víctima de tres ratones asesinos, que se la tenían jurada.

También me hicieron un destrozo horrible de libros.

Agujerearon El equipaje del Rey José y La segunda casaca. A Napoleón en Chamartín le hicieron bastante daño, lo mismo que a Nuestra Señora de París.

La Piedra Angular quedó en menudos pedazos y echaron a perder La Madre Naturaleza.

De Los hombres de pro apenas quedarán pequeños restos y no dejaron rastro alguno de La perfecta casada y El criterio.

El sombrero de los tres picos, comido por uno de los bordes; La piez de zapa inútil completamente y El barnaso español echa-

¡Cuántos seres humanos hay en ese mundo, roedores como las ratas y que sin embargo, no valen lo que valen ellas!

Filosofías ratoniles, pero que tienen mucho de verdad.

Cuenta la historia, que en el sitio de Zaragoza, una rata fla-

ca valía una barbaridad y en el de París, costaba un ojo de la cara.

Aquí, sin estar sitiados, ni nada, una mus de cumanos vale un diez ¿puede pedirse más?

¿Cuántas familias pobres no recordarán el nombre de don

Nazario como se recuerda el de un santo venerable?

¿Cuántas no habrán enjugado sus lágrimas con una rata?

A ellas, a las ratas, puede que no les haga mucha gracia la humanitaria obra del señor jefe de

Pasa a la Pág. 28—C—

la Policía de Higiene, y resuelvan una noche merendárselo.

Las pobrecitas ya no pueden salir a darse un paseito por despensas y cocinas, ni comerse una rebanada de queso a entero gusto.

Salen de sus agujeros y no tienen seguridad de volver al seno apacible del hogar a recibir las caricias de sus hijos.

¿Que las ve un chico de la casa? Enseguida se alista para cazarlas, venderlas y comprarse confites.

¡Qué crueldad! Tan madre es una rata como una señora y no les ha de gustar que les dejen media docena de huerfanitos abandonados.

En lo más apartado de un rinconcito oscuro, debajo de las tablas del suelo de un cuarto, en una casa pobre, entre una rata, madre de ocho chiquitines rubios, y el marido, se entabla el siguiente diálogo:

—Mira— dice ella —nuestros hijos no comen desde que yo les traje esta mañana un mendruguito de pan; los pobrecitos se nos van a morir, si no dejas tú esa pachorra y sales a buscar algo.

—¿Estás loca? ¿Y si me cogen para llevarme a vender? Además, en esta casa todo se lo comen y no dejan nada para nosotros.

—Es que tú eres un grandísimo sinvergüenza. No sirves para nada y sólo piensas en andar detrás de aquella rata joven con quien te vi ayer en coloquios.

Dicho esto, la hembra se dispone a salir, mientras los angelitos de Dios ponen el chillido en el cielo.

Entretanto, arriba en el cuarto, dice la mujer a su marido: —Simeón, ya sabes que anda-

mos apurados. Yo no tengo ni con qué comprar velas para alumbrarnos esta noche.

—El caso es, alma mía, que yo tampoco.

—Pues estamos frescos.

(Pausa).

Ella, iluminada la faz por la alegría, exclama al cabo de un rato:

—¡Simeón de mi alma, nos hemos salvado!

—¿Qué dices?

—¿No me has dicho que ahora dan un diez por cada rata?

—Un diez como un lucero.

—Bueno, pues, prepárate a ganarlo. Alísta un palo.

Precisamente todos los días sale una muy hermosa de aquel agujero que está debajo de la mesa.

Marido y mujer se alistan con sendos palos y esperan ansiosos.

El lector esta rata es ocupé antes sus hijos, p al buche.

Una madre jos, no ha cuando se t

Sale del de sus trer acechan la tirla en ma

El despelote

Lupario Godínez

Mire, que soy más torcido que dos varas de manila, sobre todo con dinero, en amor y medicina. No padezco de los bronquios tampoco de la vesícula, no me duele la cabeza, ni el riñón o la vejiga. Pero me falla una oreja que solo pide cuchilla, pues le coge por dolerme por afuera y hacia arriba, si es que no me da cetazos o produce ardor y pica. "Así son los melanomas",

según el doctor afirma... Melanomas, digo yo... pues son más bien mela-sí-más porque vuelven con más gana si les echan la cuchilla. La prueba de que no miento fue cuestión de cirugía, ya que el doctor me cortó dos coquetas pelotitas que nacieron en los bordes de la herida primitiva, cuando cortó media oreja para prolongar mi vida.

Según este cancerólogo, pelotas y pelotitas inútiles o carentes de labores específicas, deben ser eliminadas con anestesia y cuchilla. Pelotas que no funcionan son pelotas que se extirpan. Es un despelotamiento de índole preventiva. El cáncer, según me dijo, mata si se le descuida, de ahí que todos debemos buscarnos las pelotitas y palparlas con cuidado, porque, si duelen o pican, o si no funcionan bien, pueden ser cosa maligna.

"Las personas vanidosas —agregó el especialista— no se las quieren cortar para verse más bonitas. Y por poco estoy seguro que mejor se les verían unas buenas cicatrices que sus pelotas marchitas; pero con los peloteros no puede la medicina"

Según estudios de cáncer y también de geriatría, la labor de despelote debe ser una consigna: recomiendan, en las damas, de cincuenta para arriba. Y en los hombres, de sesenta parece muy de justicia. Para los del otro sexo, debe ser al menor síntoma. Así, mis buenos amigos, a darle a las pelotitas, aunque todos terminemos jugando a malabaristas.